Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 17

San José, Costa Rica **1925** Lunes 5 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El maestro de escuela

(De *La Nación*, Buenos Aires)

Si cincuenta años atrás un profeta hubiera venido a decirme que yo discutiría mis ideas sobre educación, habría sorprendido hasta la imaginación de un poeta. Porque supongo que, a lo menos, algunos de vosotros sabéis que desde los trece años apenas si estuve en una casa de enseñanza, hasta el presente, que tengo hecha mi reputación de poeta y que he sido invitado a pronunciar conferencias. Cuando me creí obligado por el deber a abrir una escuela para niños, no tenía sino poca experiencia de la educación. Quizás esto haya sido una ventaja para mí. Puesto que no me sentía encadenado por las doctrinas estrechas y secas de la educación, tuve que hacer mi propia experiencia en los hechos y en los fracasos. Adquirí perfecta conciencia, cuando era joven, de lo que es erróneo en la educación. Esto fué lo que me separó de la escuela y lo que me decidió, cuando era ya viejo, a fundar una institución en la que no se cometieran algunos de esos errores, que me habían hecho sufrir en la niñez.

Cuando tenía alrededor de cinco años y me ví obligado a asistir a la escuela, todo mi corazón se rebeló contra ese ordenamiento, en que faltaba el tinte del color, el interés de la vida: donde las lecciones no tenían relación ninguna con la vida y sus problemas, y al que yo había sido expatriado del paraíso en que nací, donde la naturaleza se expande llena de belleza; y esto no por ningún crimen, sino por haber nacido ignorante. Me ví expatriado dentro de una jaula donde la educación se impartía de afuera, como se alimenta a los pájaros. Mi corazón sintió toda la indignidad de semejante tratamiento, aunque era todavía joven en aquel momento.

Nuestro sistema de educación se niega a admitir que los niños son niños. Los niños son castigados porque no pueden comportarse como la gente madura y tienen la impertinencia de ser fastidiosamente infantiles,

No saben o se niegan a reconocer que tal es la providencia de la propia naturaleza y que los niños, con su mente y sus movimientos inquietos, siempre reciben la impresión de los hechos nuevos y tropiezan con conocimientos nuevos. El niño se transforma así en el campo de batalla de la lucha entre el maestro de escuela y la madre naturaleza.

El maestro de escuela es de opinión que el mejor medio de educar un niño es por la concentración del pensamiento, pero la madre naturaleza sabe que el medio mejor es la dispersión del pensamiento. Por la extensión de la energía mental, cuando somos niños, conseguimos acopiar los hechos entre sorpresas inesperadas. La sorpresa nos proporciona ese choque necesario para darnos intensamente la conciencia de los hechos de la vida y del mundo. Los hechos deben llegar frescos al niño para sobrecoger su mente en plena actividad. Tal actividad era considerada intolerable por el maestro de escuela que reinaba en la clase a la cual estaba yo obligado a asistir. El maestro decía que yo tenía que ser pasivo, y mi mente se rebelaba a cada momento, porque la madre naturaleza me alentaba a no aceptar nunca la tiranía de ese hombre.

Lo que es importante en la vida del niño es la imperiosa demanda del propósito. En la edad adulta, pues que hemos hecho de nuestra vida un fardo de propósitos poco definidos, excluimos todos los hechos que no entran dentro de sus fronteras. Nuestro propósito ocupa toda la atención de la inteligencia en sí misma e impide la vista clara de la mayor parte de las cosas de nuestro alrrededor; construye un cauce angosto para nuestra idea deliberada, que busca su fin por caminos estrechos. El niño, puesto que no tiene objeto consciente de vida fuera de la vida misma, puede ver todas las cosas de su derredor, puede escuchar cada voz, con perfecta libertad de atención, puesto que no tiene que ejercer la elección en la adquisición de sus conocimientos. Da rienda suelta a sus inquietudes, que conducen a su pensamiento a chocar contra sus experimentos. Como el agua que corre sobre las piedras, se arroja sobre los obstáculos, y entre ellos adquiere cada vez mayor velocidad.

Pero el maestro de escuela tiene su propio propósito. Quiere moldear la mente del niño de acuerdo con sus doctrinas hechas y, en consecuencia, quiere apartar del mundo del niño todo lo que considera que va en contra de sus propósitos. Excluye todo el mundo del color, del movimiento, de la vida, en su plan de educación, y arrebatando a la desgraciada criatura del corazón materno de la naturaleza la encierra en su prisión, creyendo, por cierto, que la cárcel es el medio más seguro de hacer progresar la mente del niño. Esto sucede sólo porque él mismo es una persona madura y porque, cuando tiene que educarse a sí mismo, se ve obligado a decidir deliberadamente el curso de su tema y de su materia. Piensa entonces, naturalmente, que, al educar al niño, esa suerte de elección es buena cuando es exclusiva, que los niños deben observar hechos especiales y que tienen maneras

especiales de percibir los hechos. No comprende que la mente del adulto, en muchos respectos, no sólo difiere, sino que es contraria a la del niño.

Es como si se quisiera obligar a las flores a cumplir la misión del fruto. La flor tiene que esperar sus oportunidades. Tiene que mantener abierto su corazón al sol y a la brisa, tiene que esperar la llegada del insecto en busca de la miel. La flor vive en un mundo de sorpresas, pero el fruto tiene que cerrar su corazón para defender la semilla. Debe proceder de muy diverso modo. Para la flor, la llegada del insecto es el instante supremo; para el fruto, esa invasión es una injuria. La mente del adulto es como una mente en fruto y no tiene ninguna simpatía por la mente en flor. Cree que cerrando la mente del niño al exterior, al corazón de la naturaleza y al mundo de las sorpresas, le permite alcanzar la verdadera madurez. Esa tiranía de la mente adulta es la que hace sufrir en todas partes a los niños, y cuando llegué a los cuarenta años he creído haber salvado a algunos de ellos, hasta donde estuvo en mi poder, de los errores que comete la gente prudente de edad adulta.

No hay lugar a sorpresas en la escuela; sólo se ve en ella la perfecta simetría que puede haber en la falta de vida. Cada día, exactamente a las 10.30, debéis asistir al minuto exacto, debéis ir a la clase particular para escuchar el mismo tema enseñado por el mismo maestro de aspecto repulsivo. Exactamente a una hora precisa os deja en libertad. Los días de fiesta están señalados en el calendario desde largo tiempo atrás, y todo está ordenado cuidadosa y perfectamente. Esto estaría bien para gente madura, como en el comercio, cuyas oficinas tienen medido el tiempo y la manera de trabajar. Es provechoso para el hombre de negocios el ser constante y puntual en su trabajo y en su rutina. Es hasta agradable cuando se tiene la visión del beneficio al fin del mes; el premio se obtiene cuando se encuentra la ganancia en el valor mercante. Pero el niño no pretende ganancia alguna. Día tras día y mes tras mes va en la rutina, sin saber qué es lo que obtiene con sus sufrimientos sin objeto. Al fin del año llega la época terrible de los exámenes, y con ella viene la injusticia; porque los niños que han estudiado con ahinco y que fracasan en la prueba se ven sin el pago de su trabajo, sin el consuelo del premio. Es una esclavitud cruel que hiere la mente infantil, que desmoraliza, que exige absoluta obediencia a costa de la responsabilidad individual y de la iniciativa inteligente. ¿Tiene, acaso, algún valor real y considerable? Nos salvamos de la dificultad cuando los niños entran, al fin, en esa jaula donde pliegan las inquietas alas que les ha dado la naturaleza. Y matamos el espíritu de libertad en sus mentes, el espíritu de aventura que todos traemos al mundo, espíritu que cada día busca nuevas experiencias. Esa libertad es absolutamente necesaria para el desarrollo intelectual de la mente tanto como para la naturaleza moral del niño. A veces la policía tiene que substituir a la conciencia, y todo el plan se desmorona. Estamos formando prisioneros para nuestras cárceles e imbéciles para nuestros manicomios. Estamos matando la mente de los niños al quitarles su innata facultad de acopiar hechos por sí mismos, por generalizaciones y análisis, rompiendo las cosas y siendo perversos. Ese espíritu de maldad es uno de los más grandes dones que trae el hijo del hombre al mundo.

Cuando establecí esa escuela tuve la suerte de que se me confiaran los niños desobedientes y díscolos de diferentes partes de la Provincia y de sus alrededores. Nuestros padres no acostumbran enviar sus hijos a colegios de internado, y por ese motivo los niños que llegaron eran los más intratables, de tal modo que conseguí acaparar precisamente los que provocan más exhortaciones en los libros de las escuelas dominicales.

¿Quiénes eran esos niños perversos? Los que tenían cualidades especiales de energía, los que no habían sido todavía sometidos a la pasividad absoluta por la disciplina que domina en la sociedad decente. En consecuencia, se los consideraba incómodos y sus padres con frecuencia me pedían que los castigara, aunque no hubieran hecho nada malo. Creían que el Código Penal es una especie de medicina amarga para el hígado y que administrado en dosis regulares sienta bien para la salud moral de los niños traviesos.

Pero habéis de saber que el vigor y la energía son los más preciados dones de la naturaleza infantil, y siempre hay un antagonismo entre esos dones y el código de la urbanidad en nuestros hogares civilizados. De este eterno conflicto han nacido todo género de aberraciones y de maldades reales por las represiones innaturales de lo que es natural y bueno en sí mismo.

Nunca usé ninguna coerción y ningún castigo contra mis discípulos indóciles. Muchos de nosotros creemos que es necesario restringir la libertad como un medio de corregir los niños indisciplinados. Pero esa misma restricción es la causa de que la naturaleza se altere en el mal. Cuando la mente y la vida se desarrollan en plena libertad, alcanzan la salud. Adopté, pues, el sistema de cura por la libertad, si puedo llamarlo así. Se permitía que los niños pasearan libres, que treparan a los árboles difíciles y que vinieran con frecuencia a quejarse de sus caídas. Volvían empapados por la lluvia y se les dejaba nadar en la alberca. Por el método propio de la naturaleza se obtuvo la cura de esos niños que se consideraban completamente malos, y cuando retornaban al hogar sus padres se sorprendían de ver el inmenso cambio operado. La libertad no sólo consiste en la carencia de limitación al espacio y al movimiento. Hay asimismo la falta de restricción de las relaciones humanas que también es necesaria para los niños. Tienen esa libertad de relaciones con su madre aunque ésta sea mucho mayor que ellos. Pero con su amor humano ella concede toda libertad a sus hijos en sus relaciones, no pone obstáculo ninguno a su comunión de corazones, y la madre es casi como un camarada para ellos. Ese don de amor que la naturaleza ha dado a la madre es absolutamente necesario para los niños, porque ese amor es la libertad. Y por eso en aquel Instituto decidí que los jóvenes estudiantes tuvieran libertad de relaciones con sus maestros.

Me hice compañero de mis discípulos: compartí su vida en todo. Cuando había pocos, yo era su único maestro y, sin embargo, no les imponía la diferencia de edad que nos separaba. Encontraron el espíritu del hogar en esa casa. ¿Qué es el espíritu del hogar? Es la confianza natural del niño con sus hermanos y con su familia, y así, en esa atmósfera, el corazón halla espacio donde expandirse.

Muchos maestros no saben que para enseñar a los niños hay que tratarlos como a niños. Desgraciadamente, el maestro de escuela está absorto en la conciencia de su dignidad como persona madura y como hombre ilustrado, y por consiguiente, trata de cargar a los niños con sus actitudes de persona madura y sus maneras ilustradas, lo que hiere la inteligencia de los discípulos sin necesidad. Y procuro hacerlos comprender que a pesar de nuestra diferencia de edad, como viajeros amigos, recorremos el mismo camino, juntos, viejos y jóvenes, hacia el mismo destino. No es que hayamos alcanzado ese fin, y ellos aun se encuentran lejos en su busca. Esa inmensidad de diferencia es cosa pesada y difícil. No debe permitirse nunca que tal idea labre la inteligencia de los niños.

Hay una falta de libertad extraña en nuestras instituciones educacionales. Esas instituciones son completas y parecen jaulas. Se han hecho con barrotes de hierro, construídas con

destreza, y los niños como pájaros prisioneros, sólo tienen que ser colocados dentro de ellas. Pero desearía que los niños llegaran a encontrar que no es su jaula, sino su nido, es decir, que ellos también tienen que participar en su construcción. Así sería nuestra obra común, no sólo de los maestros, no sólo de los organizadores, sino también de los estudiantes Los niños han de dar parte de su vida para construirla y han de sentir que viven en un mundo que es su propia creación, y ésta es la mejor libertad que puede tener el hombre. Si vivimos en un orden que no es el propio nuestro, sino que ha sido fijado por otro, por sabio que fuera, no será para nosotros un mundo real de libertad. Porque nuestra inteligencia creadora anhela imprimir su propia expresión al construir su mundo. He deseado proporcionar esa satisfacción a mis discípulos y ponerlos en libertad de proceder en sus cosas hasta el extremo posible. He insistido en inculcarles la idea de que esa escuela no es mía, sino suya; que la escuela no estaba concluída, que necesitaba su cooperación para completarla. Habían venido a aprender, lo que es materia de colaboración con su maestro. No es obligación, sino colaboración. Y creo que los estudiantes en mi institución lo comprendieron, y porque lo comprendieron nació en ellos un intenso cariño por el Instituto, al que siempre volvían cada vez que encontraban ocasión después de haberlo dejado.

He de señalar estos dos hechos importantes: Los pájaros, los animales y los hombres han nacido con una inteligencia activa que busca su libertad. Esa actividad que traen consigo busca su mundo de libertad para su propia educación. También tienen ellos su actividad de sentimientos que tiende a la libertad en las relaciones naturales de simpatía. Tienen igualmente su actividad de alma que trata de encontrar la ocasión de crear el mundo para sí misma, mundo de libertad. Estos son los tres hechos que debemos recordar en nuestros esfuerzos para educar a los niños. Este entendimiento activo no debe contrariarse por la constante imposición exterior; ese sentimiento activo no debe restringirse con las obstrucciones antipáticas en las afinidades; y la voluntad creadora activa no debe dejarse que degenere en la pasividad por el deseo de la oportunidad. De tal modo, en mi institución he tratado de hacer provisiones para estos tres aspectos de la libertad: la libertad de inteligencia, la libertad de sentimientos y la libertad de voluntad. Tengo profundamente arraigada la convicción de que sólo por la libertad el hombre puede alcanzar su completo desarrollo, y cuando restringimos esa libertad significa que abrigamos algún propósito determinado que queremos imponer al niño, y no recordamos el propósito de la naturaleza de dar al niño todo su crecimiento. Cuando deseamos obtener más hojas del árbol, tratamos de cultivarlo de modo de privarlo de su vigor para producir flores y frutos, y entonces toda su energía puede utilizarse en la producción de hojas, pero tal no es la vida completa del árbol. Si tenemos un propósito manifiesto en nuestras instituciones educativas—que han de producirse con los niños hombres patriotas, hombres prácticos, soldados, banqueros—sería necesario entonces ponerlos bajo el engranaje mecánico de la obedienc a y de la disciplina; pero esa no es la plenitud de la vida ni la plenitud de la humanidad. El que sabe que el propósito de la naturaleza es hacer del niño un hombre completo cuando crezca, completo en todos sus aspectos, mentalmente, y con mayor especialidad, espiritualmente, el que comprende esto coloca al niño en la atmósfera de libertad. Desgraciadamente tenemos la debilidad humana, tenemos nuestro amor al poder, y algunos maestros, muchos maestros de escuela, tienen ese amor innato a la autoridad de sí mismos, y tienen ese campo preparado para ejercitarla sobre los miserables niños.

He señalado este hecho: que los maestros que se jactan de su disciplina han nacido tiranos, como muchos hombres, y para dar suelta a sus innatos sentimientos de tiranía, usan esos niños desvalidos y les imponen su código de comportamiento. Tratan de triturar sus mentes con trabajos sin interés, con tareas mecánicas, que destruyen el entendimiento y la frescura de la inteligencia. Imponen toda clase de torturas, porque esos tiranos se complacen a la vista del dolor, y nunca pueden alcanzar tan ancho campo para ejercerlo como en sus posesiones escolares. Por lo tanto, con mucha frecuencia los tiranos materiales se hacen maestros de escuela, y es una desgracia para los niños. No sólo hay esto, sino que también este hecho origina los más grandes perjuicios a la humanidad. Esa gente que por su vocación debería ser verdugo, guardia de cárceles o algo por el estilo, cae no se sabe cómo en su obra, en calidad de maestro de escuela, y por esa aberración, los pobres niños sufren. Es preciso un inmenso acopio de simpatía, de comprensión y de imaginación, para criar y educar a los niños. No nacen ni se cultivan por diversión; no son osos que bailan ni monos. Son seres humanos que llevan en sí el tesoro de sus mentes y de sus espíritus. Y esa obra no debe dejarse nunca en manos de los que no tienen imaginación ni simpatía verdadera por los niños, de los que no pueden ser niños. El que ha perdido el niño en sí mismo es absolutamente incapaz para la gran obra de educar los hijos de los hombres.

Por desgracia para mí, la lengua que uso no es vuestra ni mía, y nos toma largo tiempo. No puedo entrar en detalles sobre mi sistema y mi manera de educar, por esta dificultad. Pero os he dado los principios generales de la educación, que reputo verdaderos, y que son éstos: Dios mismo halló su propia libertad en su creación y por eso su naturaleza se complugo; de igual modo los seres humanos tienen que crear su propio mundo para alcanzar su libertad. Y para ello deben prepararse, no para ser soldados, no para ser empleados de Banco, no para ser comerciantes, sino para ser creadores de sus propios mundos y de sus propios destinos. Y para esto tienen que gozar de todas sus facultades completamente desarrolladas en una atmósfera de libertad. Los que sólo creemos en la educación de los libros, torturamos la inteligencia de esos niños, que tienen sus cualidades naturales para instruirse solos en su propia obra y en su observación directa. Los obligamos a aceptar las lecciones de los libros y, al hacerlo, destruímos su facultad de crear su propio mundo. Es lo que está ocurriendo con la mayor parte de los niños. Les imponemos nuestras ideas y también las ideas que son para nosotros de segunda mano. Tomamos nuestras lecciones de pedagogía en cualquier escuela y creemos que ellas representan el más alto grado de la sabiduría que podemos alcanzar, y que debemos imponer esa pedagogía muerta sobre las mentes vivas de los niños. Vemos que el propósito de Dios ha sido crear nuestro mundo cuando encontramos que, como los niños, tenemos cada cual su mundo aparte, y nos complacemos en ese juego, cuando con fútiles materiales damos expresión a nuestra imaginación. Esto es de más valor para nosotros, como niños, que el oro, el dinero y cualquier otra cosa. La misma cosa es verdad en relación con todo individuo humano. Olvidamos ese valor de la facultad creadora individual, porque nuestra mente se obsesiona con el valor artificial que domina en la sociedad a causa de la avaluación dada por otros pueblos que tienen una manera particular de vivir y un estilo particular de decencia. Nos obligamos nosotros mismos a aceptar esa imposición y destruímos la más preciosa cualidad que Dios nos ha dado: la facultad creadora que nos proviene de su propia naturaleza. El es Creador, y como sus hijos, nosotros los hombres, también somos creadores. Pero esto va contra el propósito del tirano, del maestro de escuela, de la administración edu-

cadora de la mayoría de los Gobiernos, que desean que los niños crezcan conforme al patrón que han establecido para ellos mismos.

RABINDRANATH TAGORE

Alma Mater

(Una explicación)

El sentido clásico de la expresión *Alma Mater* es bien conocido. Con respecto al uso actual, dice la *Cyclopedia of Education*, de Monroe, vol. I, lo siguiente: «El término se aplica ahora como expresión de afecto al colegio o universidad a que se ha pertenecido. El uso es universal en las universidades inglesas, americanas y alemanas».

Como expresión de afecto al colegio a que pertenecieron suelen usar la expresión los graduados de la Escuela Normal. En el mismo sentido la empleaba don Ricardo Jiménez cuando en su conocida y excelente defensa del Colegio de Cartago lo llamaba su *Alma Mater*. Me parece que al llamarlo así no entendía ponerlo sobre otros con detrimento de éstos; y no sé yo que aplicándole la expresión a la Escuela Normal, sus graduados causen agravio a los demás colegios. De modo, pues, que ningún cargo les resulta a ellos ni le resulta a la Escuela de tal situación, sino que, al contrario, a la institución y a los alumnos les viene de ahí un elogio, ya que afirmando que la llaman *Alma Mater*, se establece tácitamente que ellos le guardan simpatía y que ella es capaz de inspirarla. Lo cual, será siempre motivo de orgullo para la institución.

De otra parte, conviene recordar que la expresión *Alma Mater* aparece en la primera estrofa del himno de la Escuela. Mejor dicho, inicia la estrofa:

> «*Alma Mater*, venimos,
> respetuosos tus hijos,
> a ofrendarte con himnos
> homenajes de amor».

Ese himno lo escribió en 1915 el profesor don Roberto Brenes Mesén, a pedido del entonces Director de la Escuela don Arturo Torres. Y si alguna insinuación hubo de hacerle el señor Torres al señor Brenes acerca de los versos, quizás fué precisamente la de que en ellos quedase presente la idea del *Alma Mater*. Al señor Torres le correspondió dirigir la Escuela durante el primer año de trabajo y siendo, como es, hombre científicamente preparado en educación, hombre de visión moderna, se propuso conseguir, desde el primer momento, que el plantel realizara su labor dentro de normas definidas con vista de objetivos pedagógicos y sociales técnicamente sustentados. El señor Torres había concluido recientemente sus estudios de educación en la Universidad de Columbia, donde fué discípulo nada menos que de profesores como John Dewey y Edward Thorndike, por ejemplo, y traía viva, en aptitud de ser fecunda, la noción de lo que allá es *Alma Mater*. El sabía lo que significan expresiones como *Columbia man* o *Harvard man*, y sabía cuánta importancia se le da en los países más cultos a lo que se llama «espíritu de institución». De ahí que él se empeñara en que todos sus trabajos de organización de la Escuela, tanto los relativos a aspectos fundamentales, como los de detalle, se caracterizaran por la tendencia a formarle un espíritu de institución. En otras palabras, él quería, como los Directores que lo sucedieron, que la Escuela llegase a reunir en su organismo, más que las condiciones de una casa de enseñanza, las de una fundación social.

Para el señor Torres el himno era el símbolo mejor de tales aspiraciones. Y la expresión *Alma Mater* las ha sintetizado de modo admirable, ya que, aparte del contenido espiritual que deriva de sus orígenes y de su historial, ha venido a ser para los estudiantes como otro nombre de la Escuela. Es, en efecto, el nombre que se invoca con solemnidad y fe cuando se insta a los alumnos a asumir tal o cual actitud, a sustentar determinado ideal, a realizar esta o aquella obra, a ser fieles, en suma, a la promesa que se recoge de ellos el día en que se les entrega su diploma.

Y la mayor de las preocupaciones que se han amparado a la invocación del *Alma Mater*, ha sido la de dignificar la misión del maestro. Cuanto en ese sentido se haya hecho, es obra plausible, dadas las circunstancias de que aparece rodeada la profesión en nuestro país, y si por exaltar al maestro, la Escuela se ha exaltado a si misma, nada hay en ello que merezca reproches. Sobre todo si se considera—y consta en informes publicados y les consta a los alumnos—que la Escuela jamás ha ocultado sus deficiencias. Como no les ha ocultado a los alumnos cuáles son las deficiencias de la preparación que procura darles.

La obra del señor Brenes, Director en 1916, la del señor García Monge, Director en 1917, de la cual queda en la Escuela huella profunda, se inspiró también en la fe de vincular la vida de la institución a un sentido social de sus actividades. El señor Brenes se esforzó por elevar la visión de los alumnos hacia el concepto de un maestro capaz, por su vida y su obra, de ser el agente más eficaz de toda empresa de mejoramiento social. El señor García entendió siempre que la Escuela, como institución social, debía conectar su vida, directamente, y por medio de los alumnos graduados, a los intereses de la democracia, de su máxima cultura, en el país, y aun en el Continente. El inició en la Escuela los cultos de Bolívar y de Sarmiento. Tanto él, como el señor Torres, como el señor Brenes, como los actuales trabajadores de la Escuela, pusieron sus empeños bajo la custodia simbólica del *Alma Mater*.

Una escnela que ha procurado inspirar ideales, nobles inquietudes siquiera; una Escuela en la cual sólo por excepción ha habido castigos; que ha fomentado activamente la participación de los alumnos en su gobierno; que ha tratado de habituarlos a ayudarse mútuamente; que les ha permitido vivir como en un hogar; que se ha esforzado, contando muchas veces con el sacrificio de sus profesores, por auxiliar a los más pobres; que ha querido que en ella se viva con libertad y con alegría; que ha prolongado sus actividades más allá de las lecciones y de las aulas; una Escuela así ha tenido que llegar al resultado que se le reprocha: encontrarse al cabo rodeada de la estimación, si no de todos, de muchos de sus graduados.

Esa honrosísima estimación es la que la que le ha permitido, desde 1916, reunir una vez por año a sus graduados, en su Sala Magna; ella es la que ha logrado que los graduados organicen una sociedad independiente y publiquen un periódico, *El Compañero*, ambos para trabajar en bien de su propio progreso profesional; ella es la que ha conseguido que buena porción de los alumnos graduados busque como comunicarse frecuentemente con el establecimiento; gracias a ella se ha dado el caso, por dos veces, de que alumnos graduados le devuelvan premios en dinero que han recibido; gracias a tal estimación ha sido posible que los alumnos la obsequien, el día de la asamblea anual, con joyas, libros, dinero, etc.

Los graduados la defienden de los ataques, y aun exageran los méritos al hacerlo; y, en cambio, es natural que cuando se les hostiliza busquen apoyo en su *Alma Mater*. Y este

María Cristina

=Para la Corona Fúnebre
de Dña. MARÍA CRISTINA de HERDOCIA=

Evoco su figura de princesa, como la ví en una noche lejana, magnífica en la serenidad de su hermosura.

Tenía la presencia de las jóvenes reinas que ven el mundo efímero desde las cumbres en que irradian deslumbradoras: que miran, con ojos magnánimos, la sempiterna vanidad de las cosas y las brumas de las almas: que sonríen, en las mañanas fragantes, a las formas simples y puras de la naturaleza; y que pasan fugítivas dejando en los corazones un recuerdo perfumado.

Elegante y bella en su gracia corpórea, era aún más bello su espíritu luminoso, pródigo ante el dolor ajeno, derramándose en bálsamos de misericordia sobre los humildes, consolando las desventuras, alzando una voz de divina esperanza en las supremas desolaciones.

Bendita su mano pálida, que fulguró en la penumbra de las crueles miserias como una celeste flor preciosa; que enjugó cálidas lágrimas y acarició a los huérfanos anónimos: amparo de los hambrientos, redención de los caídos, abierta siempre para ofrecer sus dones y para levantar al desgraciado...



Dña. María Cristina de Herdocia
Murió el 8 de octubre de 1924.

Su piedad fué como un río de frescas aguas fertilizando las calcinadas comarcas en que los parias gimen su angustia; como una perpetua lluvia de rosas sobre los páramos ardientes.

Su Fe, fuerza primordial de su vida, la retuvo a toda hora suspensa entre la tierra y el cielo, como las palomas blancas que reposan a medias sobre los árboles con las alas abiertas... Pudiera decirse que su planta se deslizaba apenas por el mundo, con el espíritu y los ojos fijos en las alturas misteriosas...

Única en los diversos aspectos de su terrena encarnación—como hija, como esposa y como madre—su hogar fué un oasis florido iluminado por sus virtudes.

Pasó resplandeciendo de amor y de caridad; y hoy es sólo una sombra en las regiones de ultratumba. Pero el Olvido no borrará jamás su remembranza melancólica, suave y triste como las remotas músicas oídas en los sueños...

Froylán Turcios.

Tegucigalpa,
2 de noviembre de 1924.

---

es el otro aspecto del asunto. Que no ha habido, que no hay colegio en el país más combatido y maltratado por toda forma de murmuración y hostilidad. Los graduados, víctimas en muchas ocasiones de la mala voluntad que conspira contra la Escuela o que persigue a sus directores. se han encontrado obligados a reaccionar contra el obstáculo, a veces con violencia. Se han acercado más íntimamente, en otros casos, a la institución, al sentirse perseguidos, y ella, a su vez, ha experimentado la complacencia de una lucha en que la apoyan o en que apoya a los hijos.

Pero la verdad es que la Escuela no ha hecho todavía suficiente trabajo, ni bien dirigido, para servirle a esos hijos. Como no lo ha hecho para beneficiarse de la estimación que le profesan, más activamente. En el primer aspecto, debe tender a crear medios de contribuir al perfeccionamiento de las tareas de sus graduados. En el segundo, debe interesarse por recoger la creciente experiencia de ellos a fin de aplicarla a la rectificación y así al enriquecimiento de los estudios que modestamente puede ofrecer.

Habrá que hacerlo con entusiasmo y firmeza, aun cuando con ello llegue a ser mayor la razón para que se la acuse de exclusivismos. Pues mientras éstos no sean vehículos de odios, ni de ambiciones, ni de sectarismos, no habrá qué reprocharles. Sino que a la Escuela, en tanto que expresen lealtad hacia ella, devoción o fe, le traerán honores.

Omar Dengo

Baldomero Sanín Cano

Después de diez y seis años de ausencia regresó a Bogotá ayer don Baldomero Sanín Cano, uno de los más altos exponentes de la intelectualidad colombiana, y quien ha hecho en el exterior honor al nombre de su Patria. Sanín Cano en Londres, en Madrid y en dondequiera que residió, ya como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, ya en otros altos puestos, halló el suyo en la primera fila. Su poderosa mentalidad, su ilustración vastísima, sus cualidades personales de todo género, se imponían el respeto y la consideración de cuantos frecuentaban su trato.

Y sin embargo, es él la misma persona modesta, sencilla, afable, el mismo filósofo amable y peripatético que conocimos en Caserta, su residencia de Chapinero, a donde iban en peregrinación hace cinco lustros los intelectuales bogotanos a oir de sus labios todas las teorías modernas, los comentarios sobre el último libro. Sobre libros y teorías que aún hoy son nuevas entre nosotros.

Sanín Cano es miembro de la Representación Nacional. Su presencia en el país, en esta hora en que la más grave de nuestras crisis es la crisis de hombres, la carencia de personal directivo, tiene una grande importancia.

Nosotros presentamos al ilustre viajero nuestro saludo muy cordial y ponemos a sus órdenes las columnas de este diario.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Canciones

1

A la manera de Juan Alvarez Gato

Aunque llegues primavera
con tu canastillo en flor
mi corazón nada espera...
pasó la ronda postrera
del amor.

En la quietud vespertina
forjo una amiga lejana
que mis penas adivina
y a mis angustias se hermana;
pero no vendrá a mi vera
para calmar mi dolor:
mi corazón nada espera...
pasó la ronda postrera
del amor.

2

A la manera de Johan de Mena

Consolando voy
mis cuitas de ayer
con otras que hoy
por una mujer
padeciendo estoy.

Dese modo agrando
mi herida en la cura,
y encolerizando
se va mi locura.

A vegadas doy
en plañer, maguer
con cuitas de hoy
las viejas de ayer
consolando voy.

Villancicos

A la manera de Pedro Manuel de Urrea

Madre, pronto moriré
pues traicionaron mi fe.

Ilusión, de mí te alejas
sin consolar cuitas viejas;
a nadie doy dulces quejas
ni tengo quien me las dé.

Cuando el día en agonía
sea aroma y melodía
no ha de venir cual solía,
ni yo a su encuentro saldré.

Mis manos en su cabello,
y sus brazos en mi cuello;
mis ojos en el destello
de los suyos, al par que

las dos bocas confundidas,
en desmayos homicidas
se cambiaban nuestras vidas...
¡no será más como fué!

Desde su abandono infando,
por mis soledades ando
sollozando, delirando,
blasfemando no sé qué.

Fin.

A la puesta del lucero
ayer fuí por el sendero;
en el jardín hoy la espero...
mañana ya no podré!

Esperas

Gris

Afuera todo parece
bruma de melancolía...
Doblaron seis campanadas
en el entierro de la hora cautiva.

Los esqueletos agresivos
bailan bajo la sombra de los tilos.

La existencia de las cosas
se quema bajo un sudario:
los poetas fueron locos
y quedó el poema de los matemáticos.

Los esqueletos deformes
ríen bajo la sombra de los robles.

—Te aguardará un nuevo amor
al volver la encrucijada.
—Teme la luz de la luna
propicia a los hechizos y los fantasmas.

Los esqueletos parlantes
lloran bajo la sombra de los arces.

Afuera cuelgan los hilos
de la pertinaz llovizna
y en cada uno se ahorca
una esperanza de mi remota vida.

Los présagos esqueletos
crujen torciéndose bajo la sombra de los ébanos.

En tono menor

Con las miradas fijas
ansiosamente aguardo
que surja tu elegante figura por la esquina
y suene el ritmo de tus pasos.

Un organillo callejero
desgarra como túnica mi angustia
y subraya el silencio
de nuestras bocas que se buscan.

Alguna tarde venidera
igual a éstas
en su crepúsculo morado
de alucinante melodía
me quedaré aguardando
con las miradas fijas
el ruido de tus pasos
que suenen tras la esquina.

Refulgirá tu cuerpo sonoro
apoyado en el brazo de otro...

En mi corazón éxtasis de odio.

CARLOS BARRERA

(*La Pajarita de Papel*,
P. E. N. Club de México, 1924.)

Letras hispano-americanas

="LUNA PARK," versos de Luis Cardoza y Aragón.
Affiche de Toño Salazar. Prólogo de José D. Frías.=

He aquí la iniciación de un joven poeta americano. No veáis en estos versos audaces, anárquicos, sino la generosidad de una adolescencia que busca el secreto del arte. Su grandeza futura estará en la curva que determine el valor intrínseco de los aciertos líricos evidentes que transparentan los esbozos de este primer libro. Hay toda la fuerza de un poeta nuevo, que atisba, con la intuición y con la energía vital de los veinte años, las conquistas dinámicas del siglo en que vive. Esfuerzo altamente generoso y novador en nuestras repúblicas literarias en que todavía se escuchan las músicas falsas de otros tiempos. No vemos en nuestra América quien trate de independizarse más altaneramente de los viejos métodos del arte de hacer versos: si es cierto que revistas parisienses como *Intentions* y *Philosophies* nos revelan en Alfredo Gangotena al más grande de nuestros poetas jóvenes, él ha adoptado el francés como su lengua lírica. Más tarde Gangotena será un poeta francés, como tantos otros conocidos en la historia de la literatura francesa. De la Selva, el otro gran poeta de América, tiene en sus intenciones y en sus realizaciones líricas, todos los encantos de los poetas—de los más puros y de los más representativos—de los Estados Unidos.



Cardoza y Aragón, este joven de Guatemala, ha madurado, hasta donde es posible en una vida tímida y audaz de veinte años, su espíritu en el movimiento de las letras francesas de nuestros días. Tomad su *Luna Park* como una travesura de niño, como un semillero de inquietudes, en donde los sentimientos, las emociones, las ideas, las paradojas, son obra de lo poco que puede captar su comprensión, tan lúcida por lo demás, de los cánones estéticos de París. Porque es difícil, aun para espíritus más preparados que el suyo, seguir la línea espiritual del arte de nuestros días, cuando el *Dadaismo*, cuando el *Cubismo*, cuando todos los *ismos* no soportan una sería canalización lógica y serena, secreto en donde queremos encontrar todos los encantos del disparate que es nuestra época. Recuerdo que al publicar su novela Jean Cocteau, *Le Grand Ecart*, un señor de la Academia dijo: *C'est un grand écart de la Grammaire et de la Logique*! Nadie ha definido la grandeza de un principio estético como este crítico limitado y petulante. Pues la ciencia, el arte, la filosofía, siguen el curso de la vida con la inflexibilidad de quien está condenado a crear, a definir nuevas formas de sensibilidad y de inteligencia. Y las cosas tienen su razón lógica e ilógica de ser.

Ved los puntos de que parte su carrera; o mejor, fijaos en el *affiche* con que se anuncian las atracciones de esta fiesta de colores y movimientos que es *Luna Park:* la pipa nórdica de Jules Laforgue espera el eterno tren hacia las realidades de la paradoja. *Mais l'infini est là, gare de trains ratés.* Y la seriedad dinámica de Apollinaire, esperando la sorpresa de un secreto para grabar su poesía admirable como ante la espectación de los cuadros de Delaunay: *Il y a un poeme á faire sur l'oiseau qui n'a qu'une aile* ¿Recordáis aquellas montañas rusas que os arrancaron el alma en cada uno de sus virajes? ¿Y los trapecios—triángulos de la psicología estética—en donde una yankee que canta canciones *haguaianas* rompe el sentido de los silogismos? Cardoza quiere robarse esos juguetes de pueblos con espíritu de búfalo para enrrollárselos en torno al cuello y salir haciendo un ruido infernal por las calles de París, en las que una muñeca de Paquin o del Paul Poiret se aburre en un traje demasiado costoso. Los refinamientos de la sensibilidad le importan poco.

En la antigua teoría—¡gran pecado por Dios!—se veía en el circo un espectáculo *pour épater le bourgeois.* Y no es cierto, os lo juro: el circo es de las innovaciones más serias que han hecho los pueblos actuales. Gustoso haría una proclama, si todos mis compañeros de oficio la firmaran, en donde obligaría a los actores y a los Gobiernos a que se cerraran los teatros y se multiplicaran los *Music-Halls*, con toda la gama de encantos, de melancolías, de sonrisas en que el alma aprende más que en las sensiblerías de un tal Paul Geraldy que anda rodando en torno de la Casa de Moliére, con versos que enloquecen a niñas románticas. Preguntad a Herrand, el joven y admirable intérprete de las farsas—son ellas las que me hacen daño — de los poetas modernos de París, en donde ha aprendido su «secreto profesional» y os dirá que es en el teatrito de *guignols* de los Champs Elysées, en donde los niños que ríen amablemente son tan interesantes como los pobres *pantins* de fieltro movidos por el misterio de una mano. Os aseguro que es también una de mis diversiones predilectas: una tarde encontré a un pobre muñeco haciéndome una mueca como la de una caricatura que yo me conozco de mi maestro Maurice Barrés. ¿No es cierto que Moliére construyó todo su repertorio sobre las farsas del teatro italiano del siglo XVII? Se fueron aquellas épocas que solamente los *amateurs* amamos en lo íntimo de nuestros gabinetes de trabajo. Pero nos quedan el *Music-Hall, Las Ferias, los Luna Park* hacia donde encaminamos nuestras elegancias de estetas y de funambulescos, envueltos en la bufanda nebulosa de París, en las noches en que las ciencias o el pensamiento se ponen insoportables. Seguid detenidamente los diez números de un programa de Music-Hall y veréis los encantos de todo un libro de estética escrito en diez capítulos. Algún día me propondré escribir un tratado sobre el perfecto espectador del *Music-Hall,* porque estos espectáculos, como todas las cosas serias y populares, tienen sus secretos que es preciso conocer a fondo...

Ahora os digo la iniciación de esta fiesta eléctrica, de colores etílicos, de sabores de pastillas de menta, de desorden de un espectador de menos de veinte años que quiere ver todas las cosas al mismo tiempo. Escojo al azar un manojo de versos y los riego como luces sobre la pista para que el clown abra inmensamente sus ojos y nos dé el más íntimo de sus pesares, en una mueca sabrosamente inusitada:

Me canta la Adolescencia sus misterios,
—¡canciones de sirenas!—
¡Y es toda una locura mi ansia de vivir!

———

Vagabundos
en derredor de los muelles,
crucificando sus almas
en los mástiles de los barcos que se van...
Viendo levar las anclas,
ante el crepúsculo naranja y verde,
construyeron castillos en el aire.
¡Y si sus sueños
hubiesen sido ciertos algún día,
existieran fabulosas ciudades de milagro,
fabulosas, fabulosas, fabulosas!

Posiblemente es la mejor pieza de todo el librito. En ella se determina un paisaje nocturno de París, visto a colores de agua fuerte, con imágenes audaces, de verdadero poeta objetivo, que vive el secreto de la estética moderna:

En mi lecho me habría revolcado de insomnio:
me aburro dormido
y me gusta vivir las auroras.
El sol,
pastilla de perfume,
quemábase en las torres de San Sulpicio.
Llovió.
Arboles, casas, luces, báñanse en la muda corriente del asfalto.
Está la ciudad canalizada.
París: una concéntrica Venecia.
....
Repentinamente,
no sé si al doblar una esquina,
era de día.

Y estos versos del poema 8 que son de un sabor cubista y llenos de un nostálgico color:

Los veleros se han atado
pañuelos blancos al cuello.
En las bahías,
barcos soñolientos,
fuman pipas bohemias
y déjanse crecer melenas.

Siento en Luis Cardoza y Aragón una fuerte promesa de la joven poesía de América. Hay muchos errores en este primer ensayo lírico: pero fuertes realizaciones de poeta. La Juventud es pecado y por ello mismo engendra pecados. Dejemos al tiempo que obre, que opere en lo íntimo de las almas. Tiene algo que lo acerca a la naturaleza de los poetas: una fuerte intuición, un sagrado desorden de fuerzas. Su esfuerzo debe tender hacia la disciplina, hacia la creación del talento como una sinfonía de voluntad, de medida, de ritmo, de paciencia. Ahora comete el más peligroso y el más interesante de los errores: publicar un libro de inexperiencia, la cosecha de la primera hora. Cuando se presentó a mi casa del Barrio de Montparnasse con el manuscrito de su libro, con su cara tímida y su sonrisa de niño mimado, fuí el primero en arrojarlo en la aventura que hoy acomete: porque sé que la única moral seria y cierta es la moral del pecado. En sus libros posteriores veremos a *Luna Park* relegado al olvido, con todas las locuras de una adolescencia apresurada. Su Príncipe Encantado posiblemente buscará la eminencia del «Potomak» e intentará el viaje renacentista del «Cabo de Buena Esperanza». Muchas felices *trouvailles* adornarán sus bajeles empavesados de lirismo y de frescura americana, estoy seguro de ello. Mi mano no habrá sabido equivocarse.

León Pacheco

París y verano, 1924.

Transformación conceptual de la enseñanza pública

Hacia la formación de una conciencia humana

=Proyecto de Lugones, presentado en la 4ª sesión plena, en Ginebra, del 25 al 29 de julio del año en curso, de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones. Presidente de la Comisión: el filósofo francés Bergson.=

...Luego, refiriéndose al señor Lugones dijo (1): «Un nuevo miembro ha venido a incorporarse a la Comisión en la persona del señor Lugones. No solamente el señor Lugones ha escrito innumerables artículos sobre los temas más diversos de filosofía, de sociología, de ciencias financieras, de literatura y de crítica en uno de los principales diarios del mundo, de que es redactor, sino que es uno de los más altos poetas de su país. Se ha reprochado alguna vez a la Comisión de Cooperación Intelectual de no contar entre sus miembros a un poeta. Es un error hacer una distinción neta entre el espíritu literario y el espíritu científico, pero si alguien intentase hacer esa distinción, la Comisión de Cooperación Intelectual podría responder hoy: «*ya tenemos un poeta*», y un poeta que prueba que el espíritu literario y el espíritu científico pueden encontrarse en la misma persona. La Comisión puede felicitarse de que la civilización de la América Latina esté representada por hombres como los señores Leopoldo Lugones y Aloysio de Castro».

...El señor Lugones, en nombre de la República Argentina y de los países de la América Latina, agradeció calurosamente al Presidente sus palabras de bienvenida. Recordó que en las horas trágicas de la guerra se pudo advertir cómo un buen argentino podía ser al mismo tiempo un buen francés. En cuanto a él, agregó, en su calidad de periodista, se sentía discípulo de varios de los miembros de la Comisión: de Bergson, de Mme. Curie, de Einstein y de Lorentz. Dijo que hará lo que pueda, de acuerdo con sus fuerzas, para colaborar en los trabajos de la Comisión, que puede estar segura de realizar buena obra bajo una tal presidencia.

La reforma de la enseñanza.—Proyecto del Sr. Lugones

Finalmente, en la última reunión, el señor Lugones presentó a la Comisión un proyecto relativo a la reforma de la enseñanza, que será discutido en la próxima reunión y que fué acogido con aprobaciones generales.

He aqui la traducción de dicho proyecto:

En el transcurso de la presente reunión y por la información documental de las anteriores, he podido advertir el hecho siguiente que señalo sin la menor intención de reproche o de crítica negativa: la preocupación casi exclusiva de los problemas europeos. Creo apreciar en toda su significación las causas harto graves, si no angustiosas, de este estado de espíritu; pero ello no es sino un motivo más para no compartirlo fuera de mi simpatía.

No pretendo tampoco colocarme en el extremo opuesto con una proposicón americanista, lo que sólo duplicaría el inconveniente. El proyecto que voy a someter a vuestra consideración, tiene por objeto un interés más general o, si me atreviera a arriesgar las grandes palabras, más humano, conforme al espíritu de concordia de esas repúblicas latinoamericanas de las cuales soy en este momento agente de buena voluntad.

(1) Habla Bergson.

En mi opinión, cuando se nos llama a colaborar con la Sociedad de las Naciones—creada para evitar la guerra—compréndese de suyo que nuestra finalidad es la misma. Lo que se querría principalmente de nosotros, es la proposición de medidas referentes a ese objeto.

Y esto, dado nuestro campo de acción, se relaciona de una manera íntima con la instrucción pública. En nuestra calidad de hombres de ciencia—y mujeres, representadas, a fe, por la primera de todas—como escritores y profesores, somos transmisores de ideas, formadores de conciencias.

La conclusión más inquietante, quizá, que se ha podido extraer de la guerra, es que la conciencia pública se armonizaba con el estado bélicoso. De ahí la unanimidad de los pueblos ante el conflicto, de ahí también el peligro de ver reproducirse este último a cada instante.

Trataríase, pues, de formar una conciencia nueva. Tarea pesada y complicada, y aun la más pesada y complicada que se pueda concebir. Razón de más para no aplazarla.

Entiendo, además, colaborar así por medio de esa cosa eminentemente latina que es la organización racional, sin desdeñar, muy al contrario, los elementos decisivos de acción y de éxito que aportarían a la ejecución necesaria el eficaz empirismo anglosajón y el potente análisis germánico.

Puesto que las religiones no son de nuestra competencia, trataríamos de obtener una transformación *conceptual* de la enseñanza pública: no sólo en la Universidad, sino sobre todo en los estudios secundarios y en los normales que tienen por objeto la formación de los maestros de enseñanza primaria.

Para la mayoría de la gente, en efecto, la conciencia se forma sobre el conocimiento adquirido en la escuela primaria y en el liceo; y *la opinión pública* es para nosotros los modernos, sinónimo de mayoría.

Nuestra conciencia política—patriotismo y humanitarismo inclusive—es de formación histórica. La enseñanza de la historia, será, pues, nuestro punto de partida.

Para mejor precisar la enunciación de mi proyecto, permitidme adoptar la forma enumerativa cuya monotonía ofrece la ventaja de la brevedad. Profeso, a mayor abundamiento, como regla de conducta personal, la de que una exposición pueda llegar a tres artículos, pero no pasar de cinco. He aquí esa exposición:

1º—Transformación de la historia puramente narrativa de cada país y de los conjuntos continentales en historia de la civilización. Desde que esta última es ante todo comunicación y paz, consideraríanse bajo dicho aspecto los diferentes fenómenos históricos, orientados hacia la concepción de un solo esfuerzo para el aumento del bienestar.

2º—Transformación de la geografía particular y general, considerada, ante todo, como el continente de la historia, pero aplicada como instrumento para conocimiento recíproco de las relaciones y de las posibilidades útiles entre las naciones. La historia del comercio, que es en gran parte la de los descubrimientos geográficos, formaría el vínculo entre ambas ciencias.

3º—Intensificación de la enseñanza matemática, a fin de basar el razonamiento y la conciencia en la aceptación leal de la demostración, lo que constituye el concepto racional del honor. Este último punto es de la mayor importancia para la formación del carácter.

4º—Ampliación de la enseñanza de las letras clásicas y de la música, para fomentar los sentimientos de generosidad y de benevolencia que inspira la belleza desinteresada. La música es la más internacional de todas las artes: el lenguaje humano por excelencia.

5º—Enseñanza de la economía política fundada en el desarrollo de la industria, considerada como un patrimonio humano a cuya formación han concurrido todos los pueblos.

Toda la enseñanza, por lo demás, encaminaríase a la formación de una conciencia humana; pero *dentro* de la conciencia patriótica: *el género humano* tal como lo concebían los romanos del Imperio.

La oposición sistemática entre humanidad y patria, así como la división a menudo malévola entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, al cual reservábase exclusivamente la preferencia, son los dos grandes errores del humanitarismo político.

Hijo de esa grande piedad romántica, cuyo supremo cantor fué Víctor Hugo, podemos afirmar ahora que erró el camino. La humanidad sin patria, es una paradoja metafísica; y la definición del trabajo por el órgano empleado en él, una añagaza demagógica más o menos sentimental.

Trabajemos, pues, señores, como buenos trabajadores que somos; seamos buenos hijos de la humanidad a título de buenos patriotas.

Sólo me resta solicitar vuestra indulgencia por el tiempo infinitamente precioso que os ocupé. Os saludo, señores, y os quedo agradecido.

(Del *Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones*, Ginebra).

A solas

¡Cómo se aduerme el pensamiento mío!
y la conciencia calla, raras veces dormida,
con el pensar que sigue caminos ya trillados,
con el sentir ya rancio, que no da nueva vida!

Es el alto pensar y el sentir siempre hondo
un aislador humano,
y si sigues pensando y sintiendo a tu modo
te quedarás por siempre solo en el mundo, hermano.

¡Oh, bienaventurados los ricos de sentido
práctico, porque suyo es el reino soñado
de la tierra y el cielo! ¡Dulce goce tenido
el saber que uno piensa cual muchos han pensado
y todos tienen una común filosofía!
¡Cuándo será que pueda, como cualquier vecino,
emborracharme al cabo de tal sabiduría,
o a lo menos de vino!

JULIO MERCADO.

Desde Nueva York.

El último billete

Evocación de *Gaspar de la Noche*

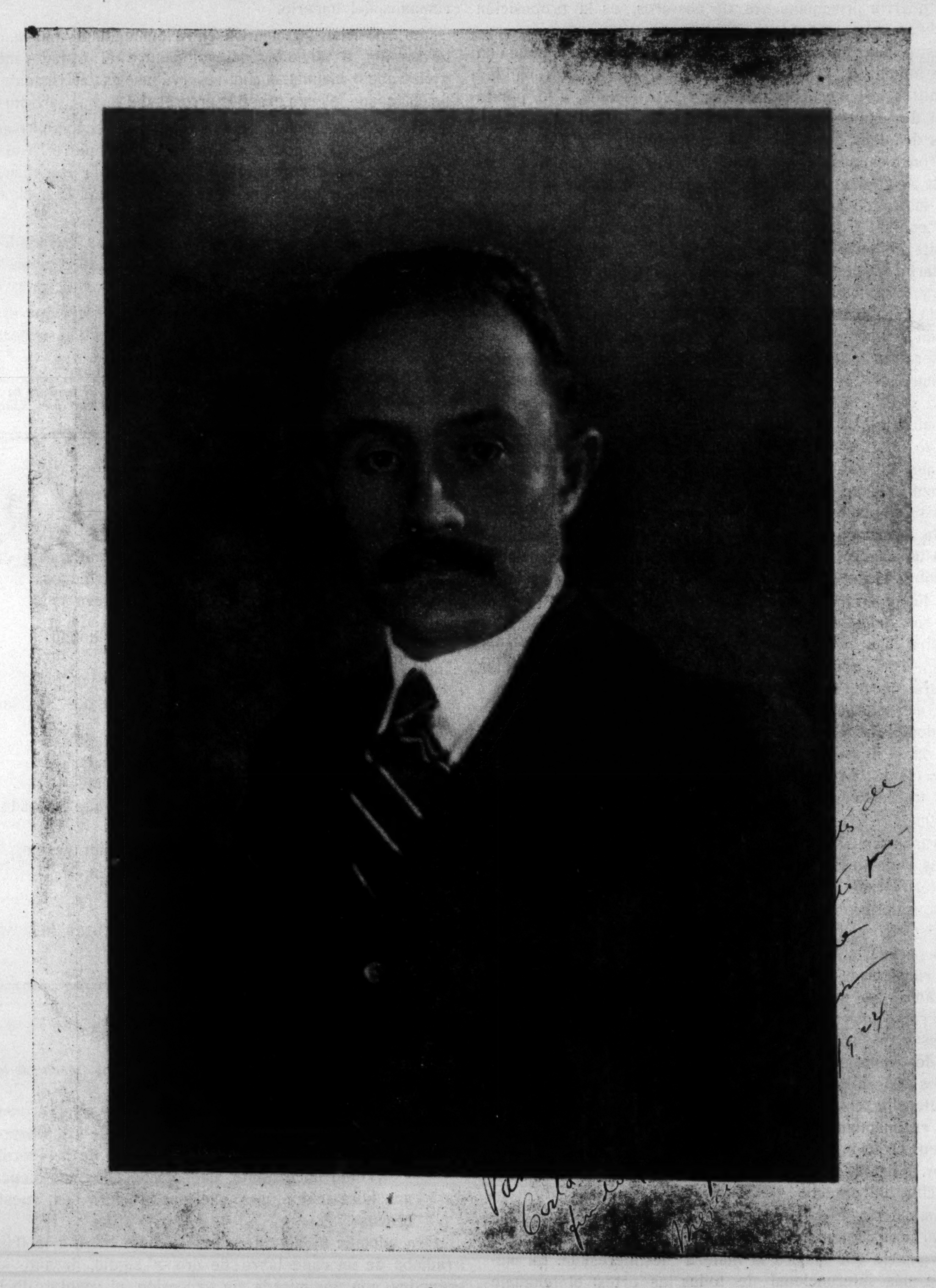
El caballero de la Rue abrió el billete azul aromado de jazmín en el que la encantadora duquesa de Montbazon suspiraba aún su triste amor desde el umbral de la eternidad.

«Venid un instante, dueño mío. Dios me concede una hora fugaz para que pueda morir en vuestros brazos».

Con ademán negligente acercó la hoja frágil a la llama que irradiaba de un candelabro de oro, y siguió, durante algunos segundos, con una mirada sin expresión, el revolar de las negras cenizas que crugían en el silencio.

FROYLÁN TURCIOS

Noviembre de 1924



Lic. JOSÉ VASCONCELOS

Las tres claridades

(De *La Antorcha*, México, D. F.)

=Dedicado a la Asociación de Estudiantes Universitarios e Intelectuales de Costa Rica, en respuesta a su mensaje de julio último (1).=

La lectura del mensaje en que los estudiantes costarricenses me honran con el título de maestro, me conmovió profundamente, no tanto por lo que halaga mi orgullo, sino más bien por la impresión que me deja de pena por no poder corresponder con acierto a tan significativa investidura.

¿Qué puedo yo decirles, qué puedo enseñarles, si en el seno de mi propia conciencia, muchas veces no hallo respuestas para acallarme a mí mismo?

¿Imagináis la turbación de un viajero que llevase mucho tiempo de estar perdido en una selva, y que de pronto se encontrase con un grupo alegre de jóvenes, que antes de interrogarlo, lo proclamaban sabio y lo nombraban su guía?

Me imagino que el primer gesto del sorprendido viajero sería sonreir con cierta amargura y cavilar. Esto me pasó a mí al darme cuenta de los entusiasmos de esa juventud briosa y esclarecida. Vacilé y pensé, y en seguida se me ocurrió que quizás ese mensaje de infinito que ustedes y yo buscamos, será claro o confuso en las frentes de los mismos muchachos soñadores que interrogan. Quizás la verdad está entre ustedes y por obra del mismo ahinco con que la buscan no tardará en abrirse paso y en difundir claridades.

De todas maneras, la viva simpatía que me expresan, hará que yo me sienta acompañado en mi soledad y me pone en condiciones de hacer lo que me figuro que haría un buen caminante con sus compañeros de extravío: después de los primeros instantes de turbación se sentiría fortalecido y diría: «busquemos juntos el camino», y al más ágil le pediría que subiese a la palmera más alta, para abarcar horizontes y al más fuerte le diría que cortase ramajes para abrir una brecha, y al más sagaz que observase la marcha de las hormigas que conduce a donde hay manantial o corriente de agua, y al de frente soñadora lo pondría a observar el vuelo de las aves, por ver si adivinaba en los signos del aire, las rutas de la tierra.

De un modo semejante habremos de proceder nosotros si queremos descubrir tesoros y tierras prometidas, cumpliendo cada uno, con pureza, su propósito, guardando en cada caso la más estricta lealtad a su misión particular, pero atentos, sin embargo, al fin común de superar la materia y aprovecharla para la realización del ideal.

En nuestra profunda empresa se nos irán muchos días de fatiga y largas noches de desvelo, se pasarán los años y quizás no hagamas otra cosa que correr de miraje en miraje, ya desencantados, ya estremecidos por la certeza de una nueva ilusión! Todo ilusión vana, ni tierra feliz, ni dicha apacible, ni un reposo tibio para la cabeza fatigada. Todo lo que toquemos se contaminará de pasión o de escándalo, y pasaremos erguidos y alerta entre el horror de las catástrofes y el júbilo de los éxitos. Dolor y júbilo, profundo, inescrutable contraste de nuestra naturaleza miserable y luminosa!

Haremos obras, diremos palabras, palabras de quebranto y palabras de esperanza. Pero si solamente decimos palabras, acabaremos por no creer en ellas ni nosotros mismos y además de malos caminantes que han perdido la ruta, apareceremos como embaucadores que con necias historias pretenden engañarse recíprocamente en la soledad de la selva. Al contrario, para que se crea en nosotros y para lograr confianza nosotros mismos, será menester que nos esforcemos y que cada uno ayude a la tarea común a la vez que cumple la suya. Será menester que unos contribuyan con el tino que se deriva de la experiencia, otros alentando al que sube muy alto si no pueden subir por sí mismos, o bien cansando el brazo con el que desbroza monte o procurando observar las hormigas o adivinando el sentido del vuelo de las aves, pero poniendo cada quien, un derroche de diligencia y de sinceridad, de pasión y de simpatía.

De tal suerte procuraré trabajar al lado de ustedes a distancia, pero sin dejar jamás de tomarlos en cuenta, sin olvidarlos en mis vacilaciones. A tomarlos siempre en cuenta me obliga el honor recibido. El me compromete a mantenerme digno y a mostrarme sincero. A causa de ustedes, ya ni siquiera podré pensar en la comidad de las claudicaciones. Grande o pequeña la transacción corrompe. La vida nos lleva a determinas situaciones en las que ya no se tiene el derecho de transigir. El ideal cuesta dolor y cuesta sangre; su peso de gloria, exalta las almas, pero agobia los cuerpos y ha hecho renegar en más de una ocasión a sus elegidos.

Pero no puede dejar de sentirse firme el que se siente apoyado por la generación que hará la historia. No somos de hoy, sino de mañana: esto nos comunica algo de la fuerza de la eternidad.

Las bravas expresiones con que han querido saludarme, servirán para que yo me sienta alentado y comprometido. Sé que algún día las miradas penetrantes y luminosas de la juventud, escrutarán mi conciencia hasta lo más recóndito y es menester que yo pueda descubrirme sin bochorno. Ninguno de mis motivos estará oculto. Esto es lo único que puedo prometer. No tengo doctrina original que comunicarles, ni enseñanza secreta que revelar. No he hallado el camino de arriba, pero no recurriremos a trampas ni a bajos ardides para encontrarlo. Esto, no es santidad, pero siquiera es limpieza de conciencia, y si no podemos ufanarnos ni de santidad, ni de saber, ratifiquemos por lo menos un juramento de fidelidad y devoción a los más altos intereses del espíritu.

La claridad es sencilla, pero cuesta los mayores esfuerzos de la creación. El agua, para ser clara, tiene que perforar las montañas o tiene que precipitarse en torrentes. ¡Hagamos que truene y resplandezca la catarata del ideal! El diamante lo ha fundido el rayo.

(1) Dicho mensaje fué publicado en el Núm. 20 del tomo 8.

(Pasa a la página 269).

Glosas

(De *A. B. C.* Madrid).

Espejo de longevidad

QUÉ felicidad, para el buen escritor, los ochenta años de Anatole France...! No tanto por la ventaja elemental de acumularlos—con ser ésta bastante seria; véase Goethe, y su opinión de que la primera obligación del hombre es *durar*—como por el privilegio a tal longevidad concedido, de asistir dos veces a la revisión de la obra propia, por dos generaciones sucesivas.

Tantas caben en efecto, dentro de un lapso de medio siglo. La de los hijos y la de los nietos. La que vive en la hora de limitar el precio de una gloria—lo cual para ella, si no para su posesor, ya constituye un bien—y la que vive en la hora de vindicarla; trayendo, además de un bien a la gloria misma, un goce respetable al buen escritor.

También nuestro D. Juan Valera vivió ochenta años. Pero—porque en España van más despacio las cosas—hubiérale convenido vivir cien. Hubiérale convenido alcanzar el juicio de los nietos, ya que el de los hijos, fatalmente, había de resultarle un poco ingrato.



DON JUAN VALERA, en los últimos tiempos de su vida.

(Apunte del natural por Lorenzo Coullaut-Valera).

Miseria

He hablado un día, en este mismo Glosario, de una obra reciente de Reinach, el sobrino, joven arqueólogo, trágicamente desaparecido en la gran guerra. Recoge este libro, en colección del más elevado interés, los textos de los escritores de la antigüedad clásica relativos a la pintura y a la escultura.

¡Cuán interesante, cuán instructivo, un *Corpus* semejante, que entresacara, de la obra de los novelistas españoles más conocidos, las escenas, las descripcionss, las figuras, las páginas todas, referentes o alusivas a tales temas...! Mi amigo José Francés, doblemente calificado como crítico de arte y novelista, debiera dedicar unas vacaciones a tan reveladora tarea; documento indispensable para el futuro continuador de la *Historia de las ideas estéticas,* de Menéndez y Pelayo.

Tarea reveladora, resultado triste. La información más elemental parece haber faltado, en este capítulo, a nuestros autores. Todavía uno de los más admirados oradores actuales, en un famoso discurso, que no era precisamente una improvisación, hablaba de «esculpir el barro con un cincel».

La Regenta, la novela de *Clarín* tan famosa, tan digna de serlo, empieza por la descripción de una Catedral... ¡Ay! El Flaubert que desgarraba las cuartillas en que el alumno Maupassant se había aplicado a describir un armario normando, ¡qué hubiera hecho con las primeras páginas de *La Regenta!*

Si la belleza—no alambiquemos: hablo de la belleza formal—es una dimensión de las cosas, casi todos los escritores españoles parecen haber andado faltos, en un momento de nuestra historia literaria, de los órganos adecuados a la percepción y aprecio auténticos de esta dimensión.

Pero Valera...

Valera, el artista

Los nietos de D. Juan Valera empezamos a parecernos en España, en una nota común, que hoy únicamente los más sutiles empiezan a adivinar; pero que más tarde advertirá todo el mundo. Empezamos a parecernos en este rasgo de que la palabra «arte» tiene para nosotros una significacióu específica y muy alta—por ventura olvidada aquí desde los días de Góngora...—. Hemos vuelto a sentir que, en suma, nuestro oficio de escribir era *un arte;* y a sacar las consecuencias de este sentir.

Cuando los románticos, el escritor español se sentía hermano, bien del profeta, bien del juglar. Cuando los realistas, bien del político. bien del hombre de ciencia—cuando no, del puro industrial pacotillero—. Hoy, un descubrimiento esencial ha sido el de un hecho sencillo: nuestros hermanos son los pintores y los escultores: tal vez los constructores de juguetes o los alfareros.

El crepúsculo del siglo XIX encontró en las cumbres de la literatura española a muchas figuras ilustres, sobre las cuales hoy empiezan a ejercitarse las funciones justicieras de la segunda revisión. ¿Cuál de estas figuras sentiremos amiga y predecesora nuestra, en lo de considerar el oficio de «las letras» como «un arte»?

Echegaray era un retórico. Núñez de Arce, un tribuno. Galdós, un poeta; es decir, un creador, un creador de figuras. Campoamor era un novelista. Lo es, aún, Palacio Valdés. *Clarín* era un filósofo. Doña Emilia Pardo Bazán, un magnífico periodista. Pereda, un pedagogo, Castelar, un mago...

Hubo un artista nada más en aquel tiempo, y el artista fué D. Juan Valera.

Dos anécdotas

Pero Valera fué de otra ley... Yo alcancé a conocerle en el ultimo año de su vida. El estudiante que llegaba a Madrid para su doctorado alcanzó alguna benevolencia en el magisterio y el trato del gran académico.

Estaba ciego. Y sin que él pudiese ver y juzgar materialmente la edición, acababa por aquellos días de lanzarse al público la segunda de una de sus obras; una elegante narración de que el maestro gustaba sobremanera.

Esta edición contenía ilustraciones. Unos grabados lamentables aludían anecdóticamente, según moda del tiempo, a algunos episodios de la narración.

La tarde de un viernes, la mano del ciego agarró mi brazo y me condujo suavemente a un ángulo discreto de su salón de recibo.

—Usted que me parece interesarse en estas cosas—me decía allí la voz internacional y andaluza—me confesará la

verdad. Además, a un ciego no estaría bien mentirle, ni aun para consolarle...

—¿Qué ocurre?

—¿Verdad—prosiguió—que en la ilustración de mi cuento, las mujeres que han dibujado no son nada, nada *superfinas?*

¡Lo decía, más que con impaciencia, con angustia!

Casi al mismo tiempo, un compositor, el maestro Gay, acababa de poner música a un cuento de Valera: *Lo mejor del tesoro,* convertido en zarzuela. Hablóse del estreno. Valera se opuso.

—Grande sería mi ilusión por que se representara una invención mía, y aun me gustaría salir a la escena a recibir los aplausos... Pero temo que, en una de esas pobres representaciones que se estilan ahora, las coristas que saliesen a escena *no serían nada superfinas...*

Decía «superfino», «superfinas», como expresión de una categoría estética. El epíteto puede parecer impropio y hasta desviado. Pero yo comprendía—ya entonces—que esta manera suya de hablar era algo así como un expediente para referirse a la belleza física, sin nombrarla, *por pudor...* Sí. Con el pudor que empleamos siempre al aludir aquello que nos importa mucho y muy íntimamente. Con un pudor imprevisto por los superficiales, que en estas cuestiones le tuvieron más bien por cínico.

A Valera había que entenderle...

Ayer, hoy y mañana

Y a entenderle plenamente, apenas si empezamos hoy. Preveo que 1930 le entenderá todavía mejor que 1924, y le será más amigo. Así como 1924 le juzga ya mejor y le quiere más que 1898.

El señor alcalde de Cabra, pueblo natal de Valera, ha invitado, para solemnizar la fecha del centenario, que caía el pasado sábado (1), a algunos escritores españoles. La invitación hubiera podido limitarse, aparte de algunos amigos íntimos del glorioso egabrense, a ciertas devociones muy mozas.

EUGENIO D'ORS.

Las tres claridades...

(Viene de la página 267).

El sol arde tanto que se quema y deslumbra. También padece, arde, se consume y debate para alcanzar la claridad.

La claridad de la conducta, la claridad de la conciencia, la claridad del ideal. No necesito decir más, quiero que estas tres claridades las iluminen de misticismo y de esperanza, y entonces tal vez ya no nos importe salir de la selva, porque le desentrañaremos sus secretos, le gozaremos sus misterios, hilvanaremos sus rumores, encontraremos en ella el paraíso.

Y si la selva no nos basta, porque nos llaman los mundos que están más allá del paraíso, saldremos de la selva y volando por los espacios inmateriales crearemos la nueva vida, el reino del Padre que está en los Cielos!

JOSÉ VASCONCELOS

(1) Sábado 18 de octubre de 1924

Impresiones de arte (1)

(En el MUSEO METROPOLITANO de Nueva York, 1924.)

Luego, Adán y Eva, dos estatuas de tamaño natural, en las que se revela la técnica del maestro, que atiende más al estado psicológico que al convencionalismo de las reglas.

Pigmaleon y Galatea, mármol; así como un busto del gran vencedor de Austerlitz, en que apenas se esboza el perfil aquilino de Bonaparte joven, y, sobre todo, dos reproducciones, una en bronce, pequeña, y otra en yeso, mayor, de *El Pensador*, obra inmortal, en que la vida del espíritu parece transparentarse en la frente noble, en el gesto de meditación...

No he de ser yo, por supuesto, quien vaya a analizar ahora la personalidad de Rodin, ni la belleza admirable de sus obras, que ambas cosas han sido objeto de frecuentes y animadas discusiones, en todos los países y lenguas.

Completan su colección en esta sala, numerosos dibujos y croquis de algunas de sus obras, y algunos bustos de hombres públicos contemporáneos, que han tenido el honor de servirle de modelo.

En otra sala, varias esculturas modernas, en su mayoría de artistas norteamericanos; algunas bellas en verdad, y me llamaron la atención una *Bacante*, de Evelyn B. Longman, y una delicada figulina, *Gavota de Paulowa,* pequeñita, delicada, en que la divina Anna parece desmaterializarse, hecha toda ritmo, como una de esas tanagras aladas de que ya os he hablado.

Abundan, claro está, grupos de caballos salvajes, de indios cazando búfalos, etc.

En un pequeño espacio, por el que se entra a esta sección, hay un medallón en bronce de Edgar Poe, dedicado a su memoria por los actores de Nueva York, y al que una mujer, simbolizando de seguro la gloria, aunque bastante rolliza para mi concepto de tan amada beldad, representa rendir homenaje. Bajo el medallón, se lee el ofrecimiento de los que levantaron este recuerdo, y cuya ofrenda termina diciendo que el poeta fué desgraciado en su vida, pero es inmortal en la posteridad.

Frente a este grupo, hay un bronce enorme, representando *El forjador de la paz universal,* puesto de muy buen acuerdo de espaldas al autor de *El cuervo*, pues que Poe fué un atormentado, y la paz, en todos sentidos, le volvió la espalda siempre. El forjador, en yunque poderoso convierte una espada en arado: es bella la idea, aunque no nueva, y mucho me temo que tan amable idealidad tarde varios siglos más en llegar a ser la realidad que todos proclaman, pero ninguno trata de realizar.

Hay otras obras originales, pero como las más conocidas y bellas de las que llenan las demás salas, son reproducciones, les dedicaré capítulo aparte.

8.—Reproducciones

En materia de reproducciones, el Museo posee una rica y valiosa colección, en la que los visitantes pueden admirar copia perfecta y autorizada de las más famosas obras de arte.

Las hay de escultura y también de arquitectura.

Las primeras llenan varias salas. *El Discóbolo, Las Tres Gracias, Cupido* y *Psiquis,* y varios bustos representan la Grecia, en tanto que por aquí el Voltaire de Houdon muestra su sonrisa irónica, y más allá el Rey Arturo de In-

(1) Véanse las entregas 12 y 13 del tomo en curso.

glaterra nos recuerda los viejos tiempos, puesta su armadura y en la mano su espada tremenda. Un Robespierre, más o menos auténtico, está no lejos de un Francisco I, mientras que algunos Papas miran a ambos con igual mirada indescifrable, como pensando que, realistas o republicanos, los hijos de Francia no serán en el futuro sumisos corderos de la apostólica grey. Unas imágenes yacentes, de antiguos duques germanos, desdicen la humildad aparente de sus vestiduras mortuorias franciscanas, con el mármol en que son reproducidas, y los blasones arrogantes de sus escudos.

Judith y Holofermes, de Donatello, el famoso *Moisés*, de Miguel Angel, una estatua de este mismo, con su cara ceñuda y su cincel divino, forman otras de las atracciones de esta sección.

He aquí, salgo diciéndome, qué contrastes: santos y reyes, filósofos y papas, todos juntos en la misma galería... El señor de Voltaire y Robespierre, Francisco I y Cosme de Médicis.... Sabe Dios cuántas cosas se dirán en sus interminables horas de «soledad en compañía!...»

Las otras reproducciones, arquitectonicas, son también de gran valor y belleza, pues dan al visitante una cabal idea de algunos de los más famosos edificios que haya producido el hombre, verdadera expresión de las épocas en que fueron alzados.

Se encuentran en amplio *hall* que ocupa el centro del edificio, y que tiene unos frisos griegos de tamaño enorme, que ya le dan cierto aspecto de templo.

Un púlpito de la Catedral de Siena, una miniatura del templo de Karnak, otra del Arco de Constantino en Roma, el Panteón... Más allá, el Partenón, todo con una exactitud de detalles, y una perfección que dan la impresión del mayor realismo. Hasta pequeñas figurillas, vestidas a la usanza de la época, trajinan bajo las columnas, como con la inquietud, en esta última copia, del ateniense siempre pronto a discutir o celebrar el genio.

Sinembargo, el trabajo más hermoso es tal vez la reproducción minuciosamente detallada de la Catedral de Nuestra Señora de París, como de unos dos metros de frente por cuatro de fondo, poco más o menos.

No podéis imaginaros hasta qué punto se siente el hechizo de su visión, y cómo la mente se aleja internándose en la penumbra sagrada de sus bóvedas, hasta los siglos lejanos, envueltos en la melancolía del pasado.

Ved: en esta evocación, aparecen los Príncipes de Valois, enfermizos y buenos católicos, y pasan las sombras de los Guisas y de Catalina de Médicis... Aquí han venido, estoy cierto de ello, a pedirle a Dios que la degollina de hugonotes salga del todo bien; aun cuando ya sabéis que la famosa noche de San Bartolomé no impidió que el gentil Navarro, este buen Rey Enrique IV, de quien Dumas nos hace partidarios con la magia de su pluma, se instalase después en el trono de San Luis, y aunque fuese a misa, es dudosa su fe... Ved, las sombras de los Cardenales Mazarino y Richelieu, que conocen mejor el gobierno del estado que el de la grey de Cristo, y la de Madame Pompadour, que se me antoja, aun cuando no sea una traducción, sino una definición arbitraria, verdadera «pompa de oro» de aquella edad dorada...

Ved estas torres graciosas, en donde la silueta extravagante del jorobado campanero parece escapar de las páginas del gran Hugo y asomarse cautelosa tras las ojivas...

Todo París, galante y caballeresco, pasa al pie de Nuestra Señora, y aún entra, y dobla la rodilla, cortesano como es, junto al altar, desde donde el Padre Celestial habrá de perdonarle, como a la Magdalena, porque si peca mucho es porque ama mucho... Oh, dulce poder del alado Eros, cuya estatua, me olvidaba decirlo, es una de las más preciosas de la sección griega!...

Y no creáis que viene a destiempo esta cita helena. Aquí tenéis, con toda su mutilada belleza, la Victoria de Samotracia, sobre su esquife, al que sus alas servirán de velas... Ya lo dijo un escritor: esta escultura es eterna, por la fascinación de lo desconocido. El misterio de su cuerpo decapitado abre una interrogación que torna nuestra curiosidad en culto. Ponedle brazos a la Venus de Milo, y perderá la mitad de su encanto; dadle su cabeza a la Victoria, y, en vez de un enigma grato a nuestro afán insaciable por lo ignorado, será solamente una obra hermosa del arte griego.

Y luego convenid en el acierto con que se han reunido estas dos cosas caras al espíritu: la Catedral de Nuestra Señora y el monumento samotracio; es decir, la representación de la ciudad-luz, tras la del pueblo-luz...

En esta sección, como en casi todas, numerosas y notables fotografías complementan las obras exhibidas.

Pasemos a estas salas, en donde la arquitectura nos presenta sus tesoros: hemos entrado, a lo que parece, en algún regio alcázar, y no os extrañéis si de pronto aparecen, en vez de estos buenos hombres que cuidan, algún grave caballero o gentil duquesa. Tengo para mí, que el de Alba, cuyo retrato miráis en la armería, o los Médicis, cuyos bustos no quedan lejos, han de venir a descansar aquí de la curiosidad de los visitantes.

Imaginad todo lo que el arte de la Europa del Renacimiento, que laboró estas cosas, y el oro de M. Pierpont Morgan, que se las trajo para acá, pueden hacer de consuno, y tendréis una idea de las maravillas que hay en esta galería.

Ved el marfil rivalizando con el oro: ved el palacio compitiendo con el templo, los artesonados del lecho suntuoso con los de la capilla sacra. Ved estos muebles de los Luises, y estos retablos de puro sabor antiguo. Vírgenes, sillerías de coro, un altar notable, de la escuela catalana, siglo quince, procedente de Zaragoza; esculturas en madera, de Santa Bárbara, con su torre, San José con su dragón, San Pedro y San Pablo, gravemente apostólicos, y San Martín, a caballo, partiendo con su espada el sayo para dar la mitad al pobre que será el propio Jesús... Ved la fe medioeval, rindiendo culto a estas imágenes un tanto ingenuas, pero graciosas en su sencillez...

Más allá, contemplad el arte bizantino, en el que el cristianismo tiene cierto sabor pagano que me complace, porque presta la seducción de oriente al culto de Roma... Y luego, estas vidrieras que adornaron las viejas ventanas ojivales, en las cuales la luz se tamiza y descompone, arrojando una confusión de colores sobre los altares, volviendo más cárdeno el lívido cuerpo del Crucificado, más amarillo el oro de las custodias, más misteriosa la luz de los candelabros, más sutil la llama perenne de las lámparas votivas...

Se comprende que al influjo de este ambiente, los hombres se volviesen santos, místicos o locos. Tiene una tan suave seducción sobre el espíritu, con su silencio contemplativo, con sus remembranzas divinas!... Oh, no conocéis qué poder fascinador tienen estas cristalerías, verdes, azules, rojas, violeta, en que el rayo del sol, como a través de un maravilloso filtro, se descompone en haz multicolor que reviste todas las cosas de un encanto nuevo y subyugante, propicio para el éxtasis...

Nunca, como en este caso, ha estado tan bien empleado el oro prosaico de Mr. Morgan.

Para terminar, anoto dos grupos escultóricos notables: *Piedad*, y *El Descendimiento,* representando a la Virgen María con Cristo, trabajo hecho por desconocido artista para la ca-

pilla del Castillo de Birón, en Francia, propiedad del ilustre señor Pons de Gontaut, quien, acompañando a Carlos VIII a Italia en 1495, obtuvo permiso del Papa para tener en su mansión una capilla, y a ella fueron destinados los dos grupos.

Este trozo de erudición no es mío, sino que tal reza el catálogo: podéis, pues, perdonármelo...

IX.—Instrumentos de música

La colección de instrumentos de música comprende unos tres mil seiscientos cincuenta, poco más o menos, de todas las clases, tamaños, edades y naciones.

Están cuidadosamente clasificados siguiendo el orden geográfico: Asia, Africa, Oceanía, Europa y América.

Del origen de la música se dice que es probablemente tan antiguo como el hombre. Tal vez, nuestro padre de la época de las cavernas, ya dedicó su primer rato a ensayar cómo sonaba una piel del animal que le había servido de alimento, tendida, ya seca, sobre huesos, como primitivo tambor o violín, pues todavía podéis ver en esta vitrina uno semejante, procedente de una tribu africana, en que la caja es nada menos que una calavera humana.

Y notad que la lira, símbolo de Apolo, es nada más que el arco, convertido por su gracia de instrumento de muerte en instrumento de vida y de belleza.

Y no seré yo el que os hable de cosa tan sabida como el poder de la música y del canto, dos cosas casi iguales: recordad, únicamente, que el divino Orfeo domesticaba con ellos a las fieras, y Solón a los hombres, que es más mérito todavía.

Del Africa y Oceanía, abundan los tambores, y toda clase de instrumentos rudimentarios, y temo que sería aburrido enumerarlos, pues carecen del atractivo de la forma y la leyenda.

Del Asia... Me lo tendréis que perdonar, pero yo soy un orientalista innato. Desde la tienda nómada, errante siempre en el desierto como el ensueño por la vida, hasta la pagoda, me han atraído estas cosas envueltas siempre en el misterio de lo desconocido, de lo enigmático, esta alma del Oriente, sutil como el aroma de los pebeteros, honda como los ojos indescifrables de sus mujeres.

Todo lo que tiene algo de ensueño, de poesía, de amor, todo lo que es ideal, viene de allá, envuelto en la tradición como en transparente velo de oro...

Y, oh, vosotros que aconsejáis al hombre que no sueñe, sino que trabaje, que desprecie la contemplación y se lance a la lucha no queréis acordaros de que toda la sabiduría, toda la ciencia de que os envanecéis, viene de allá también...

Que, mientras el rajah y el sultán dormitan sobre los tapices, los magos,—hoy tan mal traídos!—pasan las horas sobre sus geroglíficos, buscando los secretos de la vida a su manera... Oh, viejos magos fantásticos, que son ahora como ridículos personajes de comedia... Oh, viejos sacerdotes, que son apenas mencionados... Ya las constelaciones os habían dicho sus misterios, ya las matemáticas eran materia de vuestra especulación, ya las ideas se agitaban poderosas bajo vuestras cabelleras venerables...

Y ved aquí esta India, cuna de las civilizaciones...Ved los instrumentos de su música cruel y sensual, mística y panteísta: ved el tambor adornado con plumas de pavo real, ved el calabazo con abalorios, a cuyo son «el encantador de serpientes desenrosca la viviente pedrería del áspid»: ved la *vina* de cuerdas de plata que ritma los días perezosos de los reyes; ved la cítara de tres cuerdas; y los cascabeles de oro que se agitarán bulliciosos en los tobillos de las bayaderas que danzan frente al altar de Indra, en tanto se ofrenda el zumo de *soma*, grato a los dioses... Y en el aire, poblado por los Devas, vienen, entre el aroma de los champacas, los sonidos roncos del *gong* que da las horas...

China, Japón, la Persia de los cuentos, la Arabia inquieta, hasta la Palestina sagrada... De la guzla nostálgica, a la trompeta bíblica, cada época ha dejado su recuerdo...

Europa... Aquí están el bandolín de Pierrot, que vestido de paje cantará a su dama, eterna Colombina. El aeda cambió su lira y su himno homérico, y ahora es bardo que entona canciones de amor al pie de los castillos, de estos viejos castillos de que gusta el lápiz y la imaginación de Gustavo Doré...

Y si el señor anda en Tierra Santa, o es duro y cruel, la castellana ha de enternecerse de seguro, que no es ella nada egoísta de su corazón y sus encantos...

Aquí está el arpa, hecha para acompañar las dulces baladas, verdadero instrumento de los ángeles... Me explico perfectamente que bajo su seducción suave Santa Cecilia entrase al cielo, y aún lo subyugase a su vez... Ved, los violines, que las manos de hada de Stradivarius dotan de quién sabe qué oculto poder para que luego de ellos brote, en raudales de armonía, el alma de Schumann, de Beethoven, de Schubert romántico, de Wagner epopéyico, de todos los que en una hora de genio supieron aprisionar el misterio divino del ritmo...

Y luego, ved los clavicordios... Oh, recuerdos de las bisabuelas, que todavía bailaban *minué*... Oh, aquellos años amables, en que la vida era un río sereno, cuyas raras turbulencias se sosegaban bajo el hechizo de las gavotas en los salones encantados de los palacios, y ante las gracias del «vizconde rubio de los desafíos, y el abate joven de los madrigales...»

También la América tiene aquí su representación: instrumentos indígenas de la América tropical, instrumentos modernos, hispanos y sajones, que carecen, ya lo adivináis, del encanto del pasado, pues no me inspira ninguna admiración esta larga serie de tambores, cornetines, saxofones y cosas por el estilo.

Notad, empero, como una nota de acierto, que gracias a Dios, no han añadido a estas coleciones la pianola y el fonógrafo los admiradores del Jazz-band!

Estas son,—a vuela pluma,—mis impresiones de las galerías del primer piso.

Por supuesto, que si hubiera tratado de detallar, apenas iría comenzando. Por lo que sólo he tratado de hacer un bosquejo de tantas y tantas cosas como han desfilado en horas de hondo placer ante mis ojos, insaciables de arte y de belleza.

RUBÉN YGLESIAS HOGAN



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica